

¿De dónde nace la esperanza? El encuentro con Julián Carrón

¿De dónde nace la esperanza? No se puede hacer trampa. Con los demás, pero sobre todo con uno mismo. Es la única condición, pero no negociable, para acoger con provecho lo que ha surgido en la entrevista informal de Bernard Scholz a Julián Carrón, el jueves por la noche, en el Meeting de Rimini. Ellos no han hecho trampa ni por asomo. Ni el sacerdote presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación, en sus respuestas; y tampoco el presidente del Meeting en sus preguntas. Con gran amabilidad, y con tenacia teutónica, el entrevistador no ha evitado ninguno de los posibles obstáculos contra los cuales la esperanza puede chocar; y su interlocutor nunca se ha escabullido por una respuesta sacada del pensamiento abstracto, sino que siempre ha puesto sobre la mesa la experiencia. Su experiencia, a través de la cual se ha construido su conciencia y su fe. Y la experiencia del oyente, de cada uno de nosotros, invitado una y otra vez a darse cuenta de su propia experiencia y a sacar de ella cada convicción. Mirar, ver, interceptar son los términos más frecuentes; en mi cuaderno no se han quedado apuntadas palabras del estilo de estudia, deduce, piensa, inventa.

Esperanza. Y después despertar de lo humano, que es el título de un libro reciente de Carrón. ¿Cómo puedes hablar de despertar de lo humano, empieza Scholz, en un momento tan dramático como este de la pandemia? Un tiempo, viene a la cabeza, meses y meses y no se sabe hasta cuándo, en el que medio mundo está paralizado, engañado, asustado, bloqueado por las normas. He aquí el primer "mira" de Carrón: "He aquí el despertar de lo humano, delante de nuestros ojos; es más, lo estamos viviendo: este Meeting, que nadie creía posible y que, sin embargo, ha vuelto a ser creado nuevo y vivo aquí y en ciento veinte ciudades del mundo". ¿Pero la esperanza, de dónde? La entrevista comienza y acaba con esta pregunta que es el tema de la velada. En el medio se desarrolla un recorrido gracias al cual la respuesta final no está yuxtapuesta, sino que es pertinente a la existencia real. La primera respuesta se apoya en Pavese, y acerca la esperanza a la espera, innatas en el ser humano, e imposibles de erradicar: "Nadie nos ha prometido nada, y entonces ¿por qué esperamos?". La respuesta final... después.

El primer obstáculo, o el primer medio engaño, es identificar la esperanza con el optimismo. Carrón contesta con las palabras del Candido de (aquel anticlerical de) Voltaire, que se ríe del empeño en afirmar que "va todo bien" cuando en realidad no es así. Porque la realidad "es implacable, y toda nuestra posibilidad consiste en tener o no un punto de apoyo que aguante los golpes". De otra manera, "una vez acabados los intentos de sacarnos nosotros las castañas del fuego, adiós esperanza". Una manera muy frecuente, sugiere Scholz, de atenuar el golpe de esta incapacidad es la de entrar en standby, quedarse pasivos a esperar que el mal momento acabe. Un engaño, según el guía de CL, porque "levantarse por la mañana con el único motivo que pase el día, no alivia nada de nada, sino que hace la situación aún más insoportable". ¿Entonces? Esta vez la cita es de Montale: "Un imprevisto es la única esperanza". Sí, pero ¿qué punto de apoyo para esperar incluso cuando la realidad no nos corresponde o nos parece hostil? Hablando en plata, ¿cómo podemos no dejarnos engañar por falsas esperanzas? (cada uno puede pararse a pensar en las que se ha encontrado de una forma u

otra, como un Pinocho con el gato y el zorro, ndr.). He aquí el otro potente "mira" de Carrón: "Cada uno mire en sí mismo qué es lo que lo hace ser sí mismo. Cada uno puede probar qué camino ha hecho en la vida y en estas circunstancias de Covid: si se ha dado cuenta de que las dificultades han sido una provocación a su inteligencia y a su libertad, ocasión de crecimiento. O si ha ocurrido lo que temía Eliot, que *ha perdido la vida viviendo*".

Carrón extrae mucho de su experiencia de profesor y educador. Repite lo que explicaba a los chavales para que entendieran que la esperanza en el futuro se basa en algo que ocurre en el presente, según la definición de Giussani. Decía a los chavales españoles: "Si un ser querido enferma gravemente, hasta el punto que deja pocas esperanzas, y en un momento dado llegáis a saber que en la otra punta del mundo otra persona con la misma enfermedad se ha curado, esto cambia, y tanto!, vuestra mirada sobre el futuro". Solo un acontecimiento ahora, una *presencia*, hace que sea razonable y posible la esperanza en el futuro. Sin embargo, no una presencia cualquiera. "Claro que no. No una presencia cualquiera sabe dar la seguridad en la tormenta como la de Jesús en la barca con sus discípulos. Pero allí se ve que la esperanza se basa en la fe, en la confianza que nosotros, como los discípulos, ponemos o no en aquel hombre excepcional, que fue asesinado y que habían visto resucitado, vivo". Al final todo se condensa en esto: si es posible que acontezca, mejor dicho, si acontece hoy lo que sucedía hace dosmil años en las orillas del mar de Galilea. La respuesta es: acontece. No por arte de magia: por el encuentro con ciertas personas, cambiadas por ese evento y testigos de él".

En el Meeting hubo, el primer día, una documentación muy bonita de una experiencia de este tipo. La experiencia autobiográfica del intelectual español Mikel Azurmendi, que primero encuentra una voz en la radio que dice cosas "diferentes", luego a un amigo suyo, luego a otro, todos con una extraordinaria vida muy normal, hasta el punto de ser deseable, y cuya única explicación es Cristo presente.

En la última parte del coloquio con Scholz, Carrón tiene la oportunidad de ilustrar como esta posición no es ni el opio de los pueblos, ni una retirada espiritualista, sino que hace ponerse manos a la obra con entusiasmo, inteligencia y generosidad, intentando construir formas sociales más justas de vida para el hombre. Tampoco es una posición que se la arregla posponiendo todo al más allá. La verificación no es en la felicidad eterna, sino en el ciento por uno aquí. Aquí se abre una posibilidad de trabajo muy grande en todos los pliegues y las estructuras de la vida. Y se define un recorrido real de educación y de crecimiento de los jóvenes. A partir de la relación padres-hijos o, de todas maneras, de educador-discípulo. Este: introducir a la realidad como una gran fragua de oportunidades y sugerencias, aceptando el riesgo; y no tratar de ahorrar a los chavales el impacto con la realidad, percibido como una amenaza de la que protegerse, "inyectándoles el miedo en la sangre".

A la pregunta inicial - ¿de dónde nace la esperanza? - ahora la respuesta más completa y no yuxtapuesta es, por lo tanto: "De un dono excepcional e imprevisto

que nos alcanza a través de un encuentro carnal y que nos hace realizarnos a nosotros mismos".